



Alberto Insúa, del folletín a corresponsal de guerra (1915-1917)

Por Santiago Fortuño Llorens

Como «maestro de novelistas» calificó José L. Sampedro, en *El amante lesbiano* (2000), a Alberto Insúa, seudónimo de Alberto Galt y Escobar (La Habana, 1883–Madrid, 1963), quien, en los años veinte del pasado siglo, fue, junto a Pedro Mata y Alejandro Pérez Lugín, uno de los novelistas de más éxito¹. Cultivó, principalmente, la novela folletinesca, también conocida como sicalíptica, galante, erótica² o «novela del corsé», a decir de Manuel Longares (2006), que encuentra su época más floreciente entre la generación del 98 y la guerra civil española³. Fue dramaturgo y periodista, además de escritor versátil por sus tres tomos de *Memorias* (1952, 1953 y 1959), los relatos breves, los ensayos y las traducciones⁴. La historia literaria lo ha adscrito a la Promoción del Cuento Semanal⁵. En su prolífica faceta de articulista –*ABC*, *La Vanguardia*, *Nuevo Mundo*, *El Correo*, *El Liberal*, *Nuestro Tiempo*, *Blanco y Negro*, *El Imparcial*, etc.–, destacan dos libros: *Por Francia y por la libertad* y *Nuevas páginas de la guerra*, publicados en la editorial madrileña Renacimiento en 1917, que recopilan en ciento quince artículos sus crónicas y comentarios sobre la primera guerra mundial en el periódico *ABC*⁶, desde noviembre de 1915 a julio de 1917, en primera línea del frente de los aliados en París. En estos artículos, Insúa, a quien Francia siempre le había cautivado por representar la adaptación más afortunada del régimen democrático a su forma republicana⁷, describe tanto los paisajes –ciudades, pueblos y trincheras– en el fragor bélico, como a los políticos e intelectuales del momento, que enumera y enjuicia entreveran-

do la literatura con la guerra, sin olvidar el acontecer diario de los soldados, de los que narra sus avances y retrocesos, pero, sobre todo, sus reflexiones –filias y fobias incluidas– acerca de los contendientes en la Gran Guerra. «Yo escribía mi artículo para *ABC* como si tuviese delante a un germanófilo y tratara de imponerle mis ideas y sentimientos»⁸. Son unas crónicas transidas de vividura y humanidad, que no por ello soslayan lo sórdido o lo desagradable de lo narrado:

«Determinado mi viaje a París, tomé el tren a principios de enero del año 15. [...] Donde comencé a notar el “olor de la guerra” no fue en el ferrocarril, sino en las cantinas y “buvettes” de las estaciones, en las cuales los “poilus” se aglomeraban [...] La guerra no sólo huele a pólvora, a ácido fénico, a cloroformo, a fango, a sangre: huele también a sudor, a ropa muy llevada sobre el cuerpo, que despide emanaciones pecuarias»⁹.

Tras el cese de José María Salaverría, Insúa entró a formar parte de los corresponsales de guerra del primer periódico madrileño, considerado germanófilo, lo que ocasionó que «fuera puesto en las listas negras»¹⁰ y dejara casi aparcada su dedicación propiamente literaria entre 1915 y 1920:

«A mediados de noviembre de 1915, en mi pisito de la calle de Jussieu, hacía yo mis primeras armas de periodista. [...] Pero ahora se trataba de todo lo contrario: de hacer “un día sí y otro no”, para el diario más leído en España, un artículo sobre la guerra desde uno de los grandes países beligerantes»¹¹.

Alberto Insúa reconoce la francofilia¹² del periódico, que él mismo profesaba:

«Quería de este modo don Torcuato robustecer la imparcialidad de su periódico, considerado en Francia, y por muchos en España, como germanófilo, no obstante la francofilia manifiesta de dos de sus colaboradores más ilustres: “Azorín” y Manuel Bueno. Y la mía, tan vehemente»¹³.

Unos artículos periodísticos en los que se reconoce la huella del clásico ensayismo francés, de los escritores contemporáneos –a los que cita– y de otros como Maurice Barrès y Paul Morand, a quienes Insúa prologó y de quienes tradujo *El Greco o el secreto de Toledo* (1914) y *La Europa galante* (1926), respectivamente.

ALBERTO INSÚA,

CRONISTA DE LA GRAN GUERRA

El prólogo a *Por Francia y por la Libertad*, fechado en diciembre de 1916, sitúa a su autor en «un París nervioso y placentero» y describe sus crónicas: «Son un poco de todo [...] porque la guerra sorprendió al autor escribiendo novelas» y «en estos artículos defendió la causa de la libertad de los pueblos, que es la misma que defiende Francia» ante el peligro de aliarse con Alemania, «descarriada por sus estrategias, por sus políticos y por sus profesores» porque «el Pangermanismo quiere secar las raíces del árbol de la raza generosa y genial, de la raza latina, de nuestra raza, que es la madre de la Civilización». Como en sus memorias, *Horas felices, tiempos crueles* (1953), estos textos periodísticos rebosan de vivencias, de «aroma de verdad», pues «no se trataba en ellos de hacer estilo, sino de hacer justicia»:

«Yo hago más caso del amigo que vuelve de las trincheras, para descansar ocho días, que de veinte libros sobre la guerra [...] yo presto más atención a las palabras del barbero que me afeita, del sastre que me toma medidas, [...] de la madre que me habla del hijo muerto en campaña [...] que a los artículos de mi ilustre amigo Barrès, de Clemenceau, [...] y de tantos otros escritores de primera línea»¹⁴.

El volumen comprende cincuenta y un artículos, fechados desde noviembre de 1915 a mayo de 1916 con algunas glosas que se prolongan hasta el 8 de abril de 1917. Los temas más reiterados son el transcurso de la guerra con sus avances y retrocesos, la cotidianidad de los soldados, la literatura y la cultura, el antigermanismo, España y su neutralidad y, obviamente, la postura favorable al militarismo en justa causa. La batalla de Verdún¹⁵ alcanzó gran relevancia en varias reseñas de Insúa entre febrero y marzo de 1916: «El día 21 de febrero de 1916, comenzó en el frente francés una de las batallas más grandes y crueles de la Historia: la de Verdún, que otras posteriores de la segunda catástrofe mundial no han superado en duración ni en exterminio»¹⁶. Ante la ofensiva germánica, realza el retrato del general Pétain, quien, sin menoscabo del respeto a la jerarquía, suprimía de sí «la aureola de majestad con que se envuelven otros jefes»¹⁷, en una contienda en la que se luchó con un despliegue espectacular de nuevos medios y técnicas que el profesor H. Treitschke, de la Universidad de Kiel, justificó diciendo que en la guerra podía usarse todo instrumento que ayudara a poner fin a la misma:

«Yo, por mi parte, alineaba en mis crónicas reflexiones acerca de “la inutilidad del terrorismo”: sobre el terrorismo de la primera guerra mundial, que dejó en mantillas el de la segunda. [...] Consecuencias de la filosofía bélica treitschkeana: los gases asfixiantes, los líquidos inflamables, los proyectiles lacrimógenos, puesto que la pólvora, la metralla y los explosivos de uso común no son ya suficientes. Y los bombardeos aéreos, y los submarinos, que torpedean hasta a los barcos neutrales»¹⁸.

También los modernos zeppelines alemanes –«lucíferos del espacio»–, hicieron huir a los parisienses hacia las costas y lugares de recreo en 1915, obligando a las familias hispanoamericanas a retornar a sus países o a trasladarse «a Madrid, que era entonces la ciudad más alegre de Europa»¹⁹.

LA LITERATURA EN Y SOBRE LA GUERRA

Ocupa un lugar destacado en *Por Francia y por la Libertad* la vida literaria referida al conflicto bélico, expuesta mediante breves notas y a la manera periodística. Así, en su artículo «El teatro patriótico», fechado en diciembre de 1915, apostilla a *L'impromptu du paquetage* (1916), del dramaturgo Maurice Donnay, que en sus personajes de la guerra «no presenta muñecos, sino almas, almas que sufren y sonríen, a la francesa...»²⁰. Pertenece a la misma temática «La vida literaria», de diciembre de 1915, una reseña extensa y desordenada de libros, autores y comentarios que, según confiesa Insúa, fue un proyecto de libro sobre la literatura francesa durante la guerra: «Es literatura

patriótica, es decir, dogmática para los que hemos tomado el partido de Francia por razones de raza, de sentimiento, de cultura, de innegable afinidad espiritual», «una literatura de renovación y de sacudida del alma nacional», dominada por «la precisión, la claridad, la proporción». Entre los autores representativos de este momento, menciona a Anatole France, quien «quiso servir a su patria con las armas igual que con la pluma»; a Mirbeau y a Pierre Loti; al ya nombrado Maurice Barrès, destacado por su esteticismo y religiosidad patriótica; a René Bazin y a Paul Fort, «el príncipe de los poetas» y, con gracejo, concluye: «no hay humor para leer cuanto se hojea en el Odeón, ni dinero para comprarlo»²¹. Además, Insúa resalta sus valoraciones sobre otros prolíficos escritores del momento, como Pierre Loy o el maravilloso poeta Maeterlinck, cuyo *Le débris de la guerre* –dice– «debe considerarse como fundamental». En la lista –extensísima– menciona, asimismo, a Marcel Prévost –autor de *L'adjutant Benoît*, «la única novela novelesca de la guerra»–, a Paul Margueritte, a René Benjamín –quien, «revelado al gran público por la guerra, [...] ha preferido narrar las aventuras del *poilu*»–, a Bataille, Bernstein, Donnay, Lavedan y François de Curel, entre otros. En «De Verhaeren a Romain Rolland», publicado en enero de 1916, comenta *La Belgique Sanglante* del primero y el *Au-dessus de la mêlée* del segundo. Si el libro del belga merece su admiración –pues en él «mana la verdad» y «sangra la herida»– en el del francés, germanófilo, encuentra que «se empeña en conciliar cosas por el momento irreconciliables», ya que trata del armis-

ticio y del amor cuando «al acero debe responderse con el acero, y a la pólvora, con la pólvora, y no con las palabras»²².

Insúa invoca el discurso cervantino de las Armas y las Letras «negación de la guerra contemporánea» y, por esas mismas fechas, arremete en «De Cervantes a Treitscheke» contra los avances armamentísticos –las ametralladoras, los proyectiles de los más modernos cañones, el gas, etc.– empleados por primera vez en la Gran Guerra con el resultado de diez millones de soldados muertos: «Las ideas describen una trayectoria más grande que la de los proyectiles de 420», a lo que agrega en la glosa de febrero de 1917 que «debe jubilarse al conde Zeppelin»²³. Siguiendo con el manco de Lepanto, en abril de 1916, el libro de André Suarès motiva su artículo «El Cervantes de Suarès». En la línea empática de la *Vida de don Quijote y Sancho*, de Unamuno, «reflexiones y meditaciones al margen del *Quijote*, reflexiones y meditaciones de un hombre bien nutrido de Montaigne y de Pascal»²⁴, embriada el humanitarismo quijotesco con la guerra, como reiterará en sus *Memorias* (1953): «Exégesis arbitraria del *Quijote* al afirmar que “los exégetas arbitrarios” son los artistas y pensadores personalísimos que nos dan “su emoción” del *Quijote*, los reflejos y resonancias del libro en su espíritu»²⁵.

Tras su visita a la fábrica de armamentos Schneider en Le Creusot, el 8 de abril de 1917 redacta en París la glosa con la que concluye el libro invocando al héroe cervantino:

«Don Quijote, el de Castilla, desea también levantar la voz y extender el brazo contra la injusticia y el crimen. Pero

*cada vez que se yergue sobre los estribos de Rocinante, los galeotes, los bachilleros, los eclesiásticos y los duques lo apedrean en nombre de su Señor el Káiser y de la Santa Neutralidad»*²⁶.

Ante la noticia de que «En febrero de 1916 una estadística de la Prefectura de Policía comunicó que la población española permanente de la capital de Francia, de 50.000 almas antes de agosto del 14, se había reducido a 8.000» y de que «No se trataba de españoles con billete de ida y vuelta, sino de compatriotas nuestros establecidos en París, bien para vivir fastuosamente de su peculio –los menos–, bien para ganarse la vida en diversos órdenes de trabajos e industrias»²⁷, nuestro escritor imbuyó su artículo «Nos molesta aprender», de un regeneracionismo noventayochista que denunciaba el atraso secular de los españoles: «Yo los he visto así, muchas veces, en los andenes de Hendaya, conducidos por un capataz que les “sacaba” los billetes y firmaba por ellos sus pasaportes», diagnosticando, cual cirujano de hierro, que «el pueblo español [...] sólo necesita pan y escuelas para ser como los demás pueblos de Europa» y, desterrando, solícito, la inveterada abulia nacional, *esprit de suite* que «algún héroe se encargará de sacudir»²⁸.

NUEVAS PÁGINAS DE LA GUERRA

Bajo este título, Insúa publica en 1917 las crónicas de guerra redactadas desde mayo a diciembre de 1916, agrupadas en cinco apartados: «Cartas de París», «Un viaje a Reims y a las trincheras de Bethèny», «Otras cartas de París», «En Normandía» e «Impresiones de París y de Madrid», cuyas ideas directrices ex-

pone en «Al Lector»: «En realidad, el tema que predomina en los trabajos que siguen, es el de Francia: el que mejor siento y conozco por mi amor a la gran república latina, por mi devoción a la cultura francesa», sentimiento que en octubre de 1916 reiterará en «La verdad que debe inculcarse». El artículo de la primera parte, «Ensueño y realidad», de julio de 1916, reseña el libro *Le Rêve allemand! La plus grande Allemagne! L'oeuvre du XX siècle*, de Otto Richard Tannenbergh, «seudónimo de una agrupación pangermanista», y agrega al error de los alemanes –escritores, fabricantes de material de guerra, políticos y militares con «Hipertrofia del orgullo nacional, megalomanía colectiva, necesidad impuesta por las leyes biológicas a un pueblo dotado de una *expansibilidad* irresistible»²⁹–, la desconsideración de estos hacia los aliados:

*«Francia, Inglaterra e Italia son pueblos superiores y de abolengo mucho más antiguo que el de Alemania, pueblo también superior, pero al que llegaron algo más tarde las luces del Renacimiento. [...] aseguran los sabihondos germánicos: todos los pueblos de Europa están caducos, menos Alemania, que se mantiene en el cenit. Estos pueblos van a rendirse – algunos a prosternarse – no bien se ponga en marcha el superhombre»*³⁰.

El segundo apartado, lírico y de estilo impresionista, atestigüa su periplo por las ruinas de la guerra, como volverá a narrar pormenorizadamente en el capítulo LXXXIV del segundo libro de sus Memorias: «llevaba más de ocho meses de corresponsal y era la primera vez que iba yo a ver la guerra en su propio teatro»³¹. Así, en «Entre los escombros»

centra su mirada en la ciudad de Reims, con «veintidós mil casas destruidas... Y las demás sentenciadas»³². Al visitar las trincheras de Bethèny –«bajo la luz vespéral, las ruinas son blancas, lívidas, tienen como un color de osamenta»–, observa a los soldados, tensos, que prefieren los peligros de la aviación al tedio mortal de las trincheras. Durante este viaje al horror de la guerra, el autor acentúa la descripción de la catedral de esta ciudad de la Champaña: «Nuestra primera impresión es de goce estético y de cólera sentimental [...] Nuestra Señora de París es severa, reposada, estática. Nuestra Señora de Reims, [...] tiene algo de febril, de dinámico» es «una catedral desmantelada, vacía, en la que sopla el viento, y por cuyas vidrieras rotas pasan los rayos vivos del sol»³³.

También a neutralidad española en la guerra, declarada oficialmente por el presidente del gobierno Eduardo Dato en agosto de 1914, merece su atención crítica en «Ante unas cañas de manzanilla», fechado en Madrid en octubre de 1916, al estilo de los *Artículos de costumbres* de Larra. De nuevo con preocupación noventayochista, arremete contra el analfabetismo de un país de veinte millones de habitantes en el que aún «hay doce millones de españoles que no saben leer»: «No podemos permitir, so pena de seguir resbalando por la pendiente de la anulación nacional, que llegue la hora de las paces sin que nosotros hayamos elegido un puesto en la Europa de mañana»³⁴.

Por esa misma época, su estancia en Sainte Margarite-Sur-Mer, acontecida en septiembre de 1916, motiva el conjunto de artículos reunidos bajo el título



«En Normandía», en los que ya vaticina lo que acaecerá cuatro lustros más tarde: «¡Es tan grande el contenido místico del patriotismo alemán! Y un místico no reflexiona. Sólo sabe creer. [...] El ensueño pangermanista ha tomado un aspecto religioso, [...] y para estos prisioneros que dejamos ahí detrás, cavando en la tierra, el káiser es un Dios, y la victoria de Alemania, un dogma»³⁵. *Nuevas páginas de la guerra* concluye nuevamente con referentes literarios. Destaca la muerte trágica del poeta belga Emilio Verhaerer, «un bardo septentrional, adusto, grave; [...] de una savia terrestre y de un rocío celestial», quien, tras sufrir la contienda y haberla inmortalizado, murió en Ruán, camino de París. Su obra *Les ailes rouges de la guerre* (1916) hubiera justificado su designación como el cantor de la guerra y de la paz frente a otros de mayor relieve internacional, como el «dema-

siado íntimo y monótono» Maeterlink o D'Annunzio, que «habría querido hacer un poema al modo homérico»³⁶. Análogo sentido patriótico atribuye Insúa a *La amazona*, de Henry Bataille, un drama trágico en tres actos que considera «lo más robusto, lo más moral y lo más patriótico que se ha escrito en Francia desde que comenzó la guerra»³⁷.

LA VUELTA AL FOLLETÍN

Alberto Insúa, al redactar sus crónicas de la guerra, era sobradamente conocido por sus novelas y relatos breves: «No echaba yo de menos la vida literaria de Madrid, ni lamentaba haber interrumpido mi labor de novelista –con una docena de obras en circulación– y de dramaturgo en ciernes, para dedicar mi pluma al periodismo»³⁸. Títulos como *La mujer fácil* (1909), *Las neuróticas* (1910), *La mujer desconocida* y *El demonio de la vo-*

luptuosidad (1911), *Las flechas del amor* (1912), *Los hombres. Mary los descubre; Mary los perdona* (1913), *Las señoritas* (1907), *Juventina* (1915) o *Marichu* (1915) revelan su prolijidad narrativa.

Durante la guerra, escribió en París *De un mundo a otro. Novela de la guerra* (1916), con un prefacio beligerante contra Alemania, bajo cuyo yugo Europa sería «un semillero de revoluciones, una cordillera de volcanes incendiados»³⁹. Con un argumento trivial –un matrimonio, español él y francesa ella, ve truncada su luna de miel por su implicación en la guerra–, su título, pasado el tiempo, haría sonreír tristemente a su autor «con cierta burla de mi ingenuidad, pues expresaba mi confianza en que aquella guerra sería la última de todas las guerras»⁴⁰. Tras ella y dejando atrás su etapa parisina⁴¹, Insúa comenzará una nueva etapa literaria con la comedia *La madreleña* (diciembre 1917), pieza teatral situada en Madrid, «en una sala de una familia de obreros muy pobre» en la que la hija, su protagonista, es seducida por un señorito y alcanza la redención por el amor.

En 1919, su corresponsalía en la guerra fue reconocida con la distinción de la Legión de Honor⁴² y, años más tarde, en dos de sus célebres novelas, la acción narrativa evoca la guerra de 1914: *El negro que tenía el alma blanca* (1922) se sitúa en el periodo de entreguerras, «en tiempos de paz» (c. XIV), cuando Peter Wald –su protagonista y «el rey del fox-trot»– triunfaba en Madrid en «el espectáculo más emocionante de nuestra época»⁴³, o

cuando los trenes franceses volaban y el negro bailarín esperaba y suspiraba por Emma Cortadell, su pareja de baile, en la estación parisina d'Orsay; todo lo contrario que en *Humo, dolor, placer* (1928), a cuyo protagonista, Antonio Santángel, el ambiente cosmopolita nocturno de París –«ese sabor a tierra de todo el mundo»– le había llevado a «alistarse en la Legión en 1914, cuando el alud teutónico amenaza sumergir a Lutecia»⁴⁴. En esta novela, de ambiente cubano, alude de nuevo a la gran guerra, con disparidad de afecciones hacia el bando francés o teutónico: la batalla naval de Jutlandia (1916), motivo por el que «esta casa se llenó de coroneles y generales y se bebió champaña a la salud del káiser» y la de Verdún, en el mismo año, en la que «los franceses rechazaban a los escuadrones del kronprinz, el príncipe heredero de Prusia, Federico Guillermo»⁴⁵.

Alberto Insúa colaboró en las colecciones de *La Novela Semanal*, *La Novela de Hoy*, *La Novela Corta* y *La Novela Teatral* que, con la cooperación del incipiente cinematógrafo, alimentaron sensibilidades y crearon sueños en un público amplio en España y fuera de ella (con las traducciones de sus novelas al francés, italiano, portugués, sueco y alemán). Como para Plutarco, para quien la anécdota constituía la sal de la historia⁴⁶, sus crónicas de guerra en el periódico *ABC* transmitieron sus vivencias en primera línea y sus reflexiones sociológicas, políticas y literarias en unos momentos cruciales y cruentos de la primera parte del siglo XX.

- ¹ Sainz de Robles, 1971.
- ² De Nora, 1973:383.
- ³ Litvak, 1993:53.
- ⁴ Hemingway, 1994: 495-512; Insúa, 2003: XL-LI.
- ⁵ Sainz de Robles, 1959.
- ⁶ Robin, 1998.
- ⁷ Insúa, 1953: 236.
- ⁸ Insúa, 1953: 469.
- ⁹ Insúa, 1953: 251.
- ¹⁰ Insúa, 1953: 454.
- ¹¹ Insúa, 1953: 274.
- ¹² Robin, 1992: 216.
- ¹³ Insúa, 1953: 303-304 y454.
- ¹⁴ Insúa, 1917:42.
- ¹⁵ 1917:174.
- ¹⁶ Insúa 1953: 340.
- ¹⁷ Insúa, 1917: 189.
- ¹⁸ Insúa 1953: 312-313.
- ¹⁹ Insúa 1953: 318.
- ²⁰ Insúa, 1917: 47.
- ²¹ Insúa, 1917: 63-68.
- ²² Insúa, 1917: 120-124.
- ²³ Insúa, 1917: 130-134.
- ²⁴ Insúa, 1917: 270.
- ²⁵ Insúa, 1953:371.
- ²⁶ Insúa, 1917: 310.
- ²⁷ Insúa, 1953:334.
- ²⁸ Insúa, 1917: 172-173.
- ²⁹ Insúa, 1917 *bis*: 44.
- ³⁰ Insúa, 1917: 125.
- ³¹ Insúa, 1917 *bis*: 389.
- ³² Insúa, 1917 *bis*: 65.
- ³³ Insúa, 1917 *bis*: 58-63.
- ³⁴ Insúa, 1917 *bis*, 234-235.
- ³⁵ Insúa, 1917 *bis*: 192.
- ³⁶ Insúa, 1953:436.
- ³⁷ Insúa 1917 *bis*: 264-265.
- ³⁸ Insúa, 1953: 309.
- ³⁹ Insúa, 1916:VII.
- ⁴⁰ Insúa, 1953: 257.
- ⁴¹ Insúa, 1953:459-462.
- ⁴² Insúa, 1953: 461
- ⁴³ Insúa,1998:64
- ⁴⁴ Insúa, 1999: 75
- ⁴⁵ Insúa, 1999: 87
- ⁴⁶ Insúa, 1953: 5

BIBLIOGRAFÍA

- Alberti, R. *Ispanskiye krestyane. Extremadura. Stikhi. (Campesinos españoles. Extremadura. Versos)*. Moscú, Goslitizdat, 1934.
- *Romancero o grazhdanskoy voyne. (El romancero de la guerra civil)*. Prólogo de J. Cassou. Moscú, Goslitizdat, 1938.
- González Cuevas, P. C. «En torno al porvenir de la patria *germanofilia* y *aliadófilia* en la intelectualidad española durante la gran guerra». En *Revista de Occidente* N° 398-399, 2014, pp. 103-119.
- Hemingway, M. (1994). «Alberto Insúa (1883-1963): ensayo bibliográfico». En *Revista de Literatura*, LVI, N° 112, 1975, pp. 495-512.
- Insúa, A. *Por Francia y por la libertad*. Madrid, Renacimiento, 1917.
 - *Nuevas páginas de la guerra*, Madrid, Renacimiento, 1917 *bis*
 - *El negro que tenía el alma blanca*. Madrid, Renacimiento, 1922 y Madrid, Clásicos Castalia (Ed. Santiago Fortuño Llorens), 1998.
 - *Humo, dolor, placer*. Madrid, Rivadeneyra, 1928 y Madrid, Clásicos Castalia (Ed. Santiago Fortuño Llorens), 1999.
 - *Memorias de Alberto insúa II. Horas felices. Tiempos crueles*. Madrid, Tesoro, 1953.
 - *Memorias (Antología)*. Madrid. Fundación Santander Central Hispano (Selección e introducción de Santiago Fortuño Llorens), 2003.
- Litvak, L. *Antología de la novela corta erótica española de entreguerras 1918-1936*. Madrid, Clásicos Taurus, 1993.
- Longares, M. *La novela del corsé*, Barcelona, Seix Barral, 2006.
- de Nora, E. *La novela española contemporánea (1898-1967)*. Madrid, Gredos, 1973.
- Robin, C-N. «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la primera guerra mundial». *Actas del X Congreso de Hispanistas*, 1992, pp. 215-222.
 - «París como experiencia vital de Alberto Insúa». *París y el mundo ibérico e iberoamericano*. París X Nanterre, 1998, pp. 369-388.
- Sainz de Robles, F. *La novela corta española. Promoción de «El cuento semanal» (1901-1920)*, Madrid, Aguilar, 1959.
 - *Raros y olvidados (la promoción de «El cuento semanal»)*, Madrid, prensa española, 1971.
 - *La promoción de «El cuento semanal» 1907-1925 (un interesante e imprescindible capítulo de la historia de la novela española)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.
- Sampedro, J. L. *El amante lesbiano*, Barcelona, plaza y Janés, 2000.